

ANDREA LONGARELA

Los veranos olvidados

PRÓLOGO DE ALICE KELLEN



Andrea Longarela

Los veranos olvidados

Prólogo de Alice Kellen



El pasado

Doce años antes de la actualidad

La casa estaba a oscuras, excepto por un par de velas encendidas frente a las niñas y por la luz de la luna que entraba por la ventana. La brisa ondeaba las cortinas del salón, produciendo un sonido sibilante parecido al de una serpiente.

Sara estaba asustada. Sentía que nunca había tenido tanto miedo, ni siquiera aquella tarde en la que se cayó de la cubierta del velero de su padre cuando aún no había aprendido del todo a nadar, y se quedó flotando en mar abierto hasta que él se tiró a salvarla.

Vera, en cambio, se comportaba como si lo hubiese hecho miles de veces. En realidad, siempre parecía experta en todo lo que hacía, aunque no tuviese ni idea; irradiaba esa seguridad que solo poseen algunas personas de forma innata. Su pelo rubio, un poco más oscuro y largo que el de su hermana, se movía con el viento que entraba por la ventana, dándole un aspecto que a Sara le recordaba a un fantasma.

—Vera, ¿puedo encender la luz? —suplicó la pequeña en un susurro tembloroso.

—No, Sara. ¿Cómo vamos a invocar a los espíritus con la luz encendida?

—No sé si quiero hacerlo.

—¿No quieres hablar con mamá y papá? —replicó molesta la mayor de las dos.

—No creo que sea una buena idea. Están muertos, y la abuela siempre dice que no hay que molestar a los muertos.

—¿Tienes miedo, Sara?

Por supuesto que lo tenía, pero no se atrevía a confesárselo; si había algo que temía por encima de todo era decepcionarla. Vera era dos años mayor que ella y la admiraba tanto que no quería mostrarse cobarde, porque su hermana era de todo menos una cobarde y Sara ansiaba ser como Vera. Tan vivaz, tan atrevida, tan valiente.

Las niñas pusieron de nuevo sus dedos sobre el vaso de cristal. Vera con firmeza, deseando encontrar respuestas a todos los interrogantes que ya cargaba a las espaldas de su corta vida. Sara lo hizo temblando y con un sudor helado recorriéndole la espalda por debajo del vestido.

Tras unos segundos en el más completo silencio, la tabla de la güija le comenzó a parecer a Sara mucho más grande que antes, como si los números y las letras comenzaran a flotar alrededor de ellas por la habitación; como si los espectros tomaran forma. Notaba la respiración pesada, el corazón a punto de salirse del pecho, las manos frías y la frente ardiendo.

—Vera... —susurró, presa del pánico.

Y entonces su hermana, al descubrir que la pequeña

estaba dejándose llevar por el miedo, volvió a ser esa capa protectora que siempre había sido para ella y la tranquilizó con dulzura, aunque también con una voz firme propia de las personas que van a conseguir grandes cosas en la vida.

—No importa tener miedo, Sara. El miedo es bueno. El miedo nos hace intentar ser valientes. Si no tuviéramos miedo, ¿qué tendría de valiente un acto? El miedo nos activa y nos ayuda a sobrevivir, no lo olvides nunca. El miedo te hace sentir viva, Sara. ¿No lo sientes ahora? ¿No te sientes más viva que nunca?

Sara afirmaba con la cabeza, porque era verdad; sentía cada parte de su cuerpo alerta, moviéndose, respirando, y supo que Vera tenía razón, que el miedo no la hacía débil, sino solo el no querer enfrentarse a él. Escuchó embelesada a su hermana, que, con catorce años, a Sara le parecía ya toda una mujer, y se prometió en aquel momento que nunca volvería a sentirse mal por tener miedo.

—¿Tú tienes miedo alguna vez, Vera?

—¿Alguna vez? Siempre tengo miedo, Sara. Estoy muerta de miedo, pero te tengo a ti para darme la mano y afrontarlo juntas, ¿verdad? —Sara asintió y apretó la mano de su hermana entre sus pequeños dedos; después sonrió, complacida al descubrir que, aunque sus padres no regresaran, nunca estaría sola—. Pues tú igual. Recuerda, siempre que tengas miedo, yo estaré a tu lado para cogerte la mano.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, Sara. Siempre estaremos juntas.

Un golpe de viento producido por la puerta de la casa abriéndose provocó que las velas se apagaran y que las niñas gritaran aterradas pensando que, en lugar de

su abuela, había sido la respuesta de algún espíritu a sus sabias palabras.

Un grito que dieron ambas a la vez con las manos enlazadas.

El presente

Querida Vera:

Son las doce y media del primer domingo de julio y hace un sol de justicia.

Hoy he madrugado; como de costumbre, me quedé dormida en la hamaca del jardín y, en cuanto ha amanecido, me ha sido imposible volver a conciliar el sueño. Y sí, me quedé escuchando música con los auriculares mientras miraba a la nada con cara de tonta enamorada. Ya sabes cuál sigue siendo mi respuesta: la música produce los mismos efectos que el amor, con la diferencia de que ni te es infiel ni te abandona.

Tengo que decirte que la cara de enamorada era merceda, porque tenías que ver lo bonito que está el lago este año. Nunca me cansaré de despertarme cada día con estas vistas.

Antes de que te lo preguntes, sí, ese ha sido mi planazo de sábado: comprar pintura en la ferretería, comerme un helado y escuchar música en el jardín delantero de casa; el típico de una joven en este lugar. Puedo oír cómo te ríes de mí, a pesar de que te encuentres muy lejos de aquí.

Supongo que tú lo hubieras aprovechado mucho mejor; hubieses salido a bailar, a coquetear con los turistas que ya llenan cada rincón del pueblo y a beber piña colada como si no hubiese mañana, pero sabes que eso nunca ha ido demasiado conmigo.

Aunque te sorprenda, he dedicado el estar en activo tan pronto a adecentar un poco la casa. Lo que ha ocurrido es que he acabado cambiando un par de muebles de sitio y he decidido pintar de nuevo las paredes del salón.

¿Quizá en amarillo? ¿O tal vez dibuje unas enredaderas por la zona superior? Ya te contaré, pero sabes que, como se me meta en la cabeza, no pararé hasta verlo todo diferente a como está ahora. Y puedes estar tranquila, nunca la pintaré de un modo que sepa que a ti no te gusta. Nada de marrones ni naranjas, lo sé.

La abuela quiere que pinte la puerta de la entrada de color azul; dice que el rojo le da malas vibraciones y quizá esté en lo cierto, porque últimamente por las noches siento un escalofrío en la espalda que me desconcierta. Como si algo estuviera a punto de cambiar.

Lláname tarada, pero la abuela también lo nota y con que ella me entienda, ahora que tú no estás aquí para hacerlo, ya me vale.

Al atardecer hay una fiesta en el bar de Joe y es posible que me acerque a ver a Yago. Parece ser que la idea de comprar un karaoke ha sido todo un éxito, porque cada domingo lo tienen hasta los topes de turistas deseando demostrar sus escasas dotes musicales.

Iré allí, me tomaré un batido de fresa y te imaginaré dando brincos a voz en grito subida en el escenario versionando a los Cardigans y su *Lovefool*. Un domingo más que perfecto.

Poco más hay que contarte; por aquí todo sigue igual y julio se presenta caluroso, solitario y tranquilo.

Estés donde estés, no te olvides nunca de cómo brilla el sol en el lago a última hora de la tarde.

Prométemelo, Vera.

Te quiere,

SARA

S.

El pueblo transmite vida.

Es el verano, que consigue que se ocupen todas las casas alrededor del lago y que la señora Herminia se vea obligada a practicar un inglés inventado para poder vender su fruta a los turistas. Las calles empedradas y vacías el resto del año se llenan de terrazas, de puestos de comida, de artesanía de los lugareños y de risas, voces, de un ruido que altera la paz sosegada que siempre nos acompaña a los que vivimos aquí de forma permanente.

Aparco la moto en el primer hueco libre que veo y me quito el casco. Paloma me espera apoyada en una pared fumándose un cigarrillo.

—Sara, llegas tarde. El ferretero vuelve a estar en crisis con su mujer y lleva un rato amarrado a una botella de *whisky* versionando a Joe Cocker.

Me río y le doy un beso en la mejilla antes de entrar en el local.

No me mentía y el espectáculo resultaría lamentable, si no fuera porque pocas veces ocurre algo que se salga de la norma en el pueblo y que haga nuestra vida un poquito más interesante.

Nos sentamos en la única esquina libre de la barra y Yago se acerca con sus andares gatunos hasta quedar frente a nosotras. Paloma babea sobre la madera y tengo que darle un codazo para que se controle. Lo conoce desde hace diez años y sigue sorprendiéndose de que sea tan atractivo.

—¿Qué os pongo?

—A ti para llevar, por favor —dice mi amiga, señalándolo como si fuese un complemento de moda.

—¿Para regalo? —le sigue el juego él, encantado de haberse conocido.

—No soy quisquillosa. Para lo que me dura a mí el papel puesto...

—¡Paloma! —la reprendo.

Estallamos los tres en carcajadas; él se sube a la barra de un salto y nos deja un beso a cada una en el pelo. Yo le sonrío complacida; Paloma creo que ronronea.

—Yo quiero un vodka con limón. Cargadito, por favor. Si tengo que aguantar verte ir y venir con esos vaqueritos tan apretados, al menos que el alcohol me nuble el sentido.

—Vodka doble para la señorita, entonces. —Le guiña un ojo y Paloma se relame—. ¿Y qué va a tomar mi rubia favorita?

—Un batido de fresa.

—¿Con barquillos? —Le dedico mi mejor sonrisa y él sacude la cabeza.

Llevo pidiendo lo mismo, como mínimo, un día a la semana desde hace años y sigue preguntándomelo.

—Y con nata.

Cuando se va, y después del análisis exhaustivo que le hace Paloma a su retaguardia, se gira hacia mí y lanza

la pregunta de cada domingo; la misma que yo siempre respondo con una negativa:

—Bueno, ¿cantamos o qué?

Después de ver cantar a un montón de turistas, a Paloma, al ferretero, a Paloma a dúo con el ferretero, me despido de ellos y conduzco la moto por la carretera que separa mi hogar de la civilización disfrutando del camino.

Me encanta el sonido de las hojas mecidas por el viento, el olor de la vegetación, la visión del lago en la calma de la noche, la soledad que me rodea y que nunca me hace sentir sola, porque esta es mi vida, la que yo elegí en su momento y la que me gusta.

Aparco la moto en un lateral de casa, entro y compruebo que la abuela ya está dormida. Me quito las sandalias y me pongo el pijama, antes de salir de nuevo y dirigirme al embarcadero.

La noche está despejada y la luna se muestra casi llena, aunque no del todo. Observo su reflejo en el agua y después tiro piedras hasta que esa visión desaparece un instante fugaz.

Siempre me ha gustado sentarme allí e intentar dejar la mente en blanco, pese a que rara vez lo consigo. Supongo que, por mucho que lo intentemos, hay cosas que no desaparecen.

Pienso en Vera y decido que quizá debería pintar su dormitorio en vez de volver a ponerme con el salón, como le explicaba en la carta escrita esta misma mañana. ¿Le gustaría si escojo un tono amarillo? A mí siempre me ha encantado ese color, a pesar de que dicen que no trae muy buena suerte.

Al final, no llegando a ninguna conclusión, desisto; ya lo pintaré en otro momento.

Me levanto, recorro el camino que me separa de casa y entro en ella, evitando continuamente prestarle atención a la vivienda vacía de al lado, que se alza imponente y sombría como un fantasma del pasado.

El lunes por la mañana, el sonido del timbre me sobresalta. Miro el despertador de la mesilla y veo que aún no son ni las ocho. Bajo las escaleras detrás del viejo Tango, aunque su artrosis no le permite descender tan rápido como le gustaría y lo adelanto con facilidad. Es un labrador negro que Yago se encontró abandonado merodeando la cafetería hace unos años y que yo adopté sin necesidad de que tuviera que pedírmelo.

Abro, aún en pijama, y me encuentro con dos pares de ojos masculinos que me observan de arriba abajo con curiosidad. Cuando me doy cuenta de mi atuendo, me cruzo de brazos en el acto tapándome el pecho. Tango ladra y después se tumba sobre la alfombra del recibidor.

—Buenos días, Sara.

Me fijo bien y averiguo de qué conozco al chico más joven; íbamos juntos al colegio en la primaria. Su padre tiene una tienda de muebles de segunda mano en el pueblo de al lado, a unos cincuenta kilómetros del lago; he ido allí alguna vez a buscar materiales para algún encargo. Lo que no comprendo es qué hacen en mi casa un lunes a las ocho de la mañana. Tampoco recuerdo cómo se llama y me siento fatal por ello.

—Buenos días... —carraspeo incómoda—, chicos. ¿Qué ocurre?

—Venimos a vaciar la casa de los Mauer.

Abro los ojos de golpe y siento como si me tiraran

un jarro de agua fría en la cara. Hacía años que nadie pronunciaba ese apellido delante de mí y escucharlo me produce un escozor desagradable.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ni idea. El señor Mauer nos llamó para pedirnos que la vaciáramos de todos los muebles de esta lista. —Me muestran un papel con una letra ininteligible—. Hay alguna cosa que se queda, pero casi todo es madera y diseño de calidad, y es para nosotros. ¿No es genial?

Parecen realmente entusiasmados, supongo que porque sacarán una compensación económica importante por ello, pero yo no entiendo nada. Principalmente, porque el señor Mauer lleva sin pasar por aquí cuatro años; en realidad, nadie ha pisado esa casa durante todo ese tiempo.

—Sí, genial. ¿Y habéis llamado a mi timbre para contarme esto?

—No. —Sonríen por mi reacción y mi antiguo compañero sin nombre me enseña su mano vacía—. Hemos llamado porque tú eres la única persona del pueblo que dispone de una llave.

¿Una llave? ¿Qué llave? ¿De qué están hablando? Yo no sé nada de esa casa, mucho menos tengo una llave. Si la hubiera tenido, quizá...

Noto que mi mente comienza a trabajar de forma atropellada, revisando en los recuerdos de aquella época, tan enterrados como he podido, si en algún momento una llave tuvo algún protagonismo, pero no. Veo baños en el lago, juegos con los pies descalzos, confidencias, primeras veces compartidas, sentimientos encontrados, dolor, lágrimas, soledad, manos llenas de pintura, una cueva con nuestros nombres escritos, bici-

cletas, olores olvidados... pero no, no hay una llave por ninguna parte.

Cierro los ojos con fuerza para bloquear todo eso que vuelve de modo inesperado y que no quiero recuperar.

—¿Qué? Eso no es cierto. Yo... yo nunca he vuelto a entrar en esa casa. Han pasado... ocho, nueve años de la última vez que estuve allí. Ni siquiera lo sé con exactitud.

Siete años, nueve meses y veintisiete días, Sara. Podrías decir hasta los segundos exactos, si te esforzaras un poco.

—Usted no, pero su abuela sí —me explica el que intuyo que debe de ser su padre, aunque hasta ahora no le ponía cara—. ¿Podría llamarla, señorita?

Me quedo boquiabierta y parecen hasta satisfechos por haberme sorprendido. Cuando vuelven a mirar mis piernas desnudas visibles por el corto pijama, reacciono de una vez y volteo la puerta lo justo para que entiendan que no son bienvenidos más que a esos escalones de la entrada.

—Aún está en la cama. Dadme un minuto.

El dormitorio de la abuela se encuentra acondicionado abajo desde que su cadera falló y subir las escaleras se convirtió en un auténtico suplicio. Entro sin llamar y me la encuentro sentada con las manos dentro del cajón de su mesilla de noche. Los cabellos blancos le caen por los hombros en una trenza y el camión largo solo deja a la vista sus huesudos tobillos.

—Abuela, no te lo vas a creer. Hay dos tipos en la puerta pidiéndome... —Se gira y, al abrir el puño, me encuentro con un trozo de metal un poco oxidado atado a un lazo rojo. Se me corta la respiración al ser cons-

ciente de lo que es—. La llave de los Mauer. ¿Por qué la tienes tú?

La cojo por el lazo, como si el metal me quemase. La observo confundida y con una sensación en las tripas que ya creía olvidada. Trago saliva con fuerza y cierro los ojos de nuevo al aparecer en mi cabeza la imagen de una camioneta marrón alejándose por el sendero, y dos niñas rubias despidiéndose de ella con la mano.

—Sara, me la dio el señor Mauer el último año que vino. No sé por qué lo hizo en ese momento y no en otro. Quizá porque ya se sentía muy solo y viejo, y le daba miedo que le pasara algo estando dentro o qué sé yo. Tal vez él ya presintiese que este día llegaría.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Tú qué crees?

Porque no quería saberlo. Me negaba a oír nada que tuviese la más mínima relación con esa casa y con quien hubiera vivido dentro.

—Dame. Yo se la entregaré. Vístete, prepararé el desayuno y saldremos a pasear, ¿de acuerdo?

—¿No tienes trabajo? —me pregunta sorprendida.

—El trabajo puede esperar un par de horas.

Vemos cómo los dos hombres vacían la casa de los antiguos vecinos y van almacenando muebles dentro de un camión. Todos están cubiertos por viejas sábanas blancas llenas de polvo, pero conocí tan bien ese lugar que puedo ir nombrando cada uno de ellos por las formas que se intuyen. El escritorio del despacho con sus tiradores dorados, la mesita de caoba con una esquina golpeada, el zapatero de la entrada...

Una angustia desconocida me aprieta el pecho, como si se estuvieran llevando algo más que muebles, quizá re-

cuerdos, momentos, instantes que habían quedado atrapados entre esas paredes.

—¿Hablaste con él? —le pregunto.

—¿Con Mauer? No mucho. Llamó a la puerta una tarde, poco antes de irse. Vera y tú habíais salido. Me dijo que si podía hacerle el favor de guardarle una llave para imprevistos y simplemente le dije que sí. —Miro a la abuela alzando una ceja, intentando averiguar si esconde algo más tras esa petición que me resulta como poco extraña, ya que el señor Mauer no era precisamente un buen conversador ni un vecino agradable; ella pone los ojos en blanco y me río por su respuesta—. Soy una buena vecina, Sara.

—Lo sé. —Rememoro aquel día de julio, hace ya siete años, cuando bajé las escaleras corriendo y al salir me encontré la vieja camioneta, y lo que sentí al ver descender de ella solo al señor Mauer, por primera vez sin rastro alguno del resto de su familia—. ¿Crees que...? ¿Qué piensas que les ocurrió?

—No lo sé. Pero ella no era feliz, tú lo sabes bien. —Asiento, porque todo el mundo conocía las desavenencias de aquel matrimonio—. Y después... ese hombre, desde que ella y el chico dejaron de venir con él, estaba cansado, triste, perdido y enfadado con el mundo, aunque sospecho que lo estaba mucho más consigo mismo. Quizá simplemente dejó de importarle esto.

—Quizá.

—O también es posible que sin ellos dos no tuviera sentido volver.

Sí, esa era la teoría que me había resultado más creíble todo ese tiempo. Esa casa eran ellos, su esposa y su único hijo, por mucho que el matrimonio tuviera pro-

blemas. Yo sabía que había sido un regalo para la señora Mauer por su cuarenta cumpleaños; un intento de su marido de comprarla con presentes, a cambio de aceptar en silencio sus infidelidades.

En el fondo, aunque lo sentía poco probable teniendo en cuenta cómo se había portado él con su mujer, me gustaba creer que así había sido, porque a mí me hubiera ocurrido lo mismo que al señor Mauer. ¿Qué sentido tenía esa casa si no estaba Alex en ella?

Siento que la mano invisible del dolor comienza a apretarme de nuevo dentro del pecho y bloqueo esos pensamientos, pero no puedo frenarme y le hago una última pregunta a la abuela, una que toda mi vida he llevado conmigo, pero que nunca me he atrevido a pronunciar por miedo a saber la respuesta.

Hasta ahora.

—Abuela..., ¿por qué todo el mundo se marcha?

—Porque pocos ven lo que vemos tú o yo, mi niña. Pocos lo ven.

Cuando volvemos al mediodía, la casa de al lado ya está prácticamente vacía. Han dejado la llave colgada del pomo de la nuestra y se han ido sin más, dejándolo todo igual en apariencia, aunque nosotras sabemos que algo ha cambiado. Que ese estremecimiento que nos acaricia por las noches nos ha estado avisando de esto.

La llave tintinea y se mece por una ligera brisa que se desliza en silencio y nos envuelve, y siento que la abuela tiembla agarrada a mi brazo y se queda mirando la puerta con los labios fruncidos en una fina línea. Tan-go se rasca una oreja a nuestros pies.

—Sara, cielo, creo que es el momento de pintarla de azul, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto.

A.

El aeropuerto es un caos a principios de julio. Tardo cuarenta y cinco minutos en asumir que mi maleta se ha perdido, y otros cuarenta en conseguir que una señorita de la sección de quejas y reclamaciones me diga que va en un vuelo camino a Miconos. Perfecto. Mi ropa se va a pasar unos días ella solita a la maravillosa isla griega.

Alquilar un coche tampoco es tarea fácil. Me ofrecen un utilitario lento y pequeño con la excusa de que ha habido un problema con mi reserva y que el Land Rover que yo había solicitado ya no se encuentra disponible.

Decido olvidarme un poco de todo y aplacar la ansiedad que me producen los imprevistos parando a comer de camino en un restaurante decente. Incluso me permito disfrutar de una cerveza helada; aunque no más, ya que aún tengo que conducir otras tres horas hasta llegar a mi destino.

Siento que estoy en medio de ninguna parte.

Según el camino se acorta, observo los cambios que se producen en el paisaje, las diferentes tonalidades de verde que van modificándose y mezclándose hasta tornarse en uno que me resulta familiar y que me trae sensaciones pasadas.

Recuerdo los viajes con papá en la camioneta, con mamá tarareando música clásica y conmigo perdiéndome en mis pensamientos adolescentes con Kurt Cobain, Foo Fighters o Pearl Jam saliendo a todo volumen por mis auriculares.

Recuerdo a ambos señalándome y explicándome curiosidades de cada pueblo que íbamos dejando atrás, como si esas guías de lugares en los que nunca íbamos a parar fueran esenciales para mi vida.

Recuerdo la primera vez que vi el lago, tan grande, de un azul verdoso tan intenso, tan imponente a pesar de ser una masa de agua calmada.

Recuerdo las montañas que lo rodeaban, el pueblo bordeándolo en una de sus caras y la silueta de dos casas como dos puntos lejanos al otro lado de aquella gran superficie de agua dulce. Casi escondidas, aisladas de todo, formando parte de un rincón secreto.

—¿La ves, Alexander? Es esa de ahí. La grande. ¿No es genial? Tenemos el lago para nosotros solos. Somos unos privilegiados —me dijo mamá con orgullo.

—¿Y la otra? La casa blanca.

—¿La pequeña? Es de una señora mayor. Vive con sus nietas —me explicó papá, frunciendo el ceño; él sentía como un fracaso el que su casa perfecta no lo fuera tanto por ese detalle de tener que compartir espacio con una familia, por mucho que solo fuera una y que el lugar fuese tan enorme que la soledad estaba más que garantizada—. Aunque, bien pensado, igual hasta para ti mejor, ¿no? Así tendrás con quién pasar el rato.

Recuerdo la primera vez que paramos frente a la casa del lago y bajamos. El sol se imponía sobre las montañas y le daba al lugar un aspecto casi majestuoso. Todo olía a tierra mojada y a flores frescas. Mamá sonreía y yo lo hice inevitablemente con ella, porque, por primera vez en meses, parecía feliz, a pesar de que yo intuía que me iba a aburrir durante todo el verano estando allí perdido del resto de la civilización.

Qué equivocado estaba.

También recuerdo la primera vez que las vi.

Lo recuerdo todo, aunque me siga doliendo hacerlo.

Cojo el desvío que hace que la carretera se convierta en un sendero pedregoso. Según lo recorro, noto que se me asienta en la base del estómago una sensación intensa. Y es que todo sigue igual. Es la impresión de que este lugar ha sido congelado en el tiempo lo que provoca que me sienta así, como si el Alexander de antes se reencontrara con el de ahora de un modo que me desagrada.

Pienso en el motivo por el que estoy haciendo esto y me sereno un poco.

—¿Por qué estás nervioso, tío? —le digo a mi reflejo en el espejo del retrovisor, sintiéndome un loco por hablar solo—. Únicamente es una casa. En dos meses estarás de vuelta.

Dos meses, un permiso de trabajo especial y un plan; eso es todo lo que tengo.

Llego hasta la entrada y aparco frente a la puerta exterior candada de la valla blanca que rodea el terreno. Está descascarillada y tiene un par de tablas partidas por la mitad. El jardín parece una auténtica selva. Supongo que el tiempo pasa para todos, incluso aquí.

Saco la llave y entro, no sin antes mirar a la casa de al lado.

Está igual que la recordaba, incluidas las bicicletas apoyadas en un lateral, aunque ahora están cubiertas de polvo y de telas de araña. No hay luz, no hay ningún indicio de vida, no hay nada que me indique que aún queda algo de aquellos años en los que fui tan feliz.

S.

Paso la tarde en el pueblo encargando materiales. Tengo que pintar de azul la puerta de casa por petición expresa de la abuela y de sus dotes de bruja, para la que ha llegado la hora del cambio. También compro unos tiradores de cerámica y un par de moldes para restaurar un nuevo trabajo que me han encargado.

Cuando salgo, decido hacer una visita a Paloma. Es auxiliar dental del único dentista del pueblo y aprovecha un descanso entre clientes para tomarse un zumo conmigo en la cafetería de Joe y coquetear descaradamente con Yago.

Hablamos de todo un poco, pero omito contarles lo ocurrido en casa de los Mauer. No quiero hacerlo. Más bien, soy incapaz de hacerlo después de haberlo convertido en un tema tabú para mis amigos.

Vuelvo a casa al atardecer. Observo maravillada, mientras conduzco la moto, cómo el sol comienza a meterse dejando a su paso una estela anaranjada. Nunca veré una imagen más bonita en toda mi vida que la que tengo delante de mis ojos.

Cojo el camino de piedras que me lleva hasta casa y entonces, en una curva más pronunciada, giro bruscamente al ver frente a mí un coche que no esperaba ocupando casi todo el paso y deslumbrándome con sus faros. Derrapo y siento la gravilla arañándose las piernas desnudas. Quema. La sensación es como si me clavasen pequeñas agujas en la piel. Oigo el frenazo del coche y mi moto parando su trayectoria contra el tronco de un árbol. Me quedo tumbada en el suelo y gimo con los

ojos cerrados, rezando por que la presencia de ese coche no signifique que algo le ha pasado a la abuela. ¿Por qué motivo, si no, iba a encontrarme con alguien a este lado del lago y a estas horas?

Siento una presencia a mi izquierda que me agarra por el torso y me ayuda a incorporarme. Estoy mareada y el olor a neumático quemado mezclado con el metálico de la sangre no ayuda demasiado.

—¿Estás bien?

Oigo la voz como si estuviera lejos, muy lejos. Como si fuera un recuerdo de la memoria que se va acercando pausado, regresando del mundo de los muertos al de los vivos.

—Quieta, no te toques la pierna. Hay que limpiarla primero.

Me quito el casco como puedo y la voz se acerca a toda velocidad hasta ocuparlo todo. Me clavo las uñas en la palma de la mano para bloquear lo que mi subconsciente me está intentando decir, pero yo no quiero escuchar.

No, no, no, no...

Sin embargo, no puedo hacer nada, porque la voz ya ha vuelto, como un flashback constante que viene para quedarse después de años intentando olvidarlo.

Abro los ojos y me cruzo con los suyos, asombrados, asustados, turbios, desconocidos en parte por el paso del tiempo y tan familiares que no puedo dejar de preguntarle en mi cabeza por qué lo hizo.

—Sara...

Su voz susurrando mi nombre.

Por mucho que haya querido enterrarla, nunca podría olvidarla.

—Alex...

A.

La sujeto por el torso y comienzan a temblarme las manos.

Atisbo un mechón rubio por debajo del casco y el contorno perfecto de sus labios. Sus piernas. El arco de su cuello. La cicatriz de su rodilla izquierda. Su olor a pintura y flores, por mucho que todo lo que nos rodea intente taparlo. Su forma entrecortada de suspirar.

Lo sé desde el instante en que me acerco y la toco, pero hasta que no se quita del todo el casco y me mira fijamente, no soy capaz de procesar que la tengo entre mis brazos.

—Sara...

La voz me sale débil. Sus labios se abren y dejan escapar un gemido doloroso al escucharme, pero no deja de observarme, como si tuviese un fantasma delante y fuera a disiparme de repente. Puedo ver en sus ojos la sorpresa, el miedo por el susto de lo que acaba de pasar y el dolor... Sobre todo, el dolor que lo llena todo. Y no es físico, sino que es mucho más interno y lleva mi nombre.

—Alex...

Hacía años que nadie me llamaba de ese modo.

La levanto pasando un brazo por debajo de su cuerpo, pero ella cierra los ojos y se suelta con rudeza, como si fuese yo el que la quemara y no la raspadura que tiene a lo largo de la pierna.

Se incorpora como puede y se queja al apoyarse en el suelo. Yo la miro anonadado, incrédulo por tenerla delante y no ser capaz de hablar siquiera.

Se acerca a la moto cojeando y maldice por lo bajo.
—Mierda..., la moto de Vera.

Es una vieja Vespa restaurada de color turquesa. Intenta levantarla, y yo por fin dejo de comportarme como un idiota y me acerco en dos zancadas.

—Déjame a mí. —La cojo sin esfuerzo y la enderezo. Ella observa preocupada el golpe delantero que tiene tras chocar contra el árbol y el retrovisor que cuelga. Lo toca y se balancea. Cierra los ojos y sacude la cabeza molesta. No ha vuelto a mirarme desde que ha descubierto quién soy—. Sara, lo siento mucho. Hablaré con el seguro y lo arreglarán sin problema. Te lo prometo.

Al escuchar las últimas palabras, se tensa, como si se le clavarán dentro. Después me ignora. Agarra la moto por el manillar y echa a andar costosamente por el camino pedregoso. Intenta arrancarla, pero le cuesta horrores. Creo que le duele un brazo por la caída.

—Espera. No deberías cogerla. Móntate en el coche, te acerco a casa y después vuelvo a por ella, ¿vale? Es lo menos que puedo hacer.

Empuja la moto y camina despacio por el sendero, clavándose en el sitio cuando la rueda choca con alguna piedra más grande que las demás. Esquiva el coche y sigue andando como si nada, observando el lago de vez en cuando. Lo hace para serenarse, en eso sigue siendo la misma.

Me paso asustado las manos por la cara. No sé qué decirle. Nunca pensé que ella estaría aún aquí. Que Vera podría también estarlo.

La alcanzo de una carrera y le toco el brazo al llegar a su lado. Ella se zafa girando bruscamente y, al hacerlo, la moto pierde un poco el equilibrio y está a punto

de caérsele de nuevo. La cojo antes de que suceda y me planto delante, obstaculizándole el paso. No sé qué hacer; no estaba preparado para esto.

—Sara, de verdad, lo siento. Necesito saber si te duele algo. Iremos al hospital si es necesario, pero no seas bruta y deja que te ayude. No deberías forzar.

Alza el rostro y admiro la fuerza que transmite, aunque quizá sea odio. Sigue igual de bonita que siempre; puede que incluso más.

Ladea la cabeza, analizándome, y me intimida un poco, porque a pesar de que sé quién es, no tengo muy claro que aún sea la misma Sara que conocí hace tantos años. Al fin y al cabo, yo tampoco soy el mismo.

—¿Te duele? —insisto, al ver cómo le tiembla el brazo.

Entonces su expresión se ensombrece, como si estuviera escondiéndose bajo una máscara de desprecio que se me hunde en el pecho, por mucho que sepa que lo merezco.

—Nunca te importó si me dolía, ¿por qué iba a hacerlo ahora? —me susurra con una media sonrisa que no le llega a los ojos.

—Sara, yo...

Alza la moto con una fuerza que sé que le afecta en el brazo y me adelanta sin más, como si no acabase de tener un accidente, como si no le sangrase la pierna según camina aguantando el tipo para que no se note que cojea, como si no lleváramos casi ocho años sin vernos.

—No vuelvas a dirigirme la palabra. Estás muerto para mí.

Y en caso de que no tuviese razón, son sus palabras las que me matan.

S.

Según lo digo, me arrepiento.

No es verdad, no se puede matar lo que sigue latiendo en tu interior.

Camino lo más rápido que puedo y, aun así, voy despacio, porque me duele horrores el brazo al cargar con el peso y la pierna me arde. No puedo permitirme parar, ni aceptar su ayuda, ni nada que me obligue a tenerlo cerca, porque no puedo respirar.

Verlo, sentirlo, oír su voz... Tenerlo aquí después de tanto tiempo; después de todo.

No puedo. Necesito alejarme. Necesito llorar y ya no me permito hacerlo.

No oigo el coche venir detrás de mí, pero tampoco me giro ni una sola vez para comprobar qué está haciendo. Dejo la moto tirada de cualquier manera en la entrada y entro en casa, deseando sentirme a salvo. Deseando que lo que estoy sintiendo en este momento desaparezca.

—¡Sara! ¿Qué ha ocurrido, mi niña? ¿Estás bien? —me pregunta preocupada la abuela en cuanto me ve sin disimular ya lo que me duele el golpe.

Paso delante de ella y asiento con la cabeza; no puedo mirarla a la cara, porque, como lo haga, verá el tornado de emociones que me está azotando con fuerza. Tanto se acerca y me huele la herida, intentando lamerla con la tierna intención de curarme. Tengo que hacer esfuerzos para no echarme a llorar, pero yo no lloro. Ya no.

—Un rasguño, abu. No te preocupes. Voy a darte un baño.

—Pero, Sara...

De repente advertimos el sonido de un motor y unas ruedas aparcando fuera. Me paro en las escaleras y se me ponen los nudillos blancos de tanto apretar la barandilla. Cierro los ojos hasta hacerme daño y cuento hasta diez en un intento por serenarme, por intentar olvidar lo que me provoca ese simple sonido proveniente de la casa de al lado.

Las anillas de las cortinas del salón abriéndose chocan unas contra otras. Es la abuela asomándose por la ventana.

Ahoga un grito de incredulidad.

—Alexander Mauer...

Subo corriendo el resto de las escaleras y me encierro en el lavabo. Echo el pestillo, me desnudo con rapidez y me meto en la ducha. Me siento, abrazándome las piernas, bajo el chorro de agua fría, hasta que se me encallan las manos y percibo que vuelvo a respirar.

Una hora después, salgo del baño y la abuela me desinfecta con mimo la quemadura. Debería dolerme, pero no siento nada, porque todo lo ocupa el dolor interno de los recuerdos que han vuelto en estampida y que me han dejado rota. Lo del brazo no es más que un golpe.

Me meto en la cama sin cenar. La abuela no dice nada, no pregunta, porque ya sabe por lo que estoy pasando. Al fin y al cabo, fue ella la que estuvo conmigo cada año cuando lo esperaba emocionada el primer fin de semana de julio, hasta que, al tercero, asumí que no volvería, que se había olvidado de mí. Fue ella la que me consoló cuando algo dentro del pecho se me rompió y no volvió a ser como era. Fue ella la que se quedó conmigo cuando el resto me abandonaba.